JUAN DE HINOJOSA Y FERRER

ANÁLISIS

DE

ALGUNAS BELLEZAS DEL QUIJOTE

MADRID
Tipografía Española
Ramales, 6, y Amnistía, 12.
—
1905

ANÁLISIS

DE

ALGUNAS BELLEZAS DEL QUIJOTE

JUAN DE HINOJOSA Y FERRER

ANÁLISIS

DE

ALGUNAS BELLEZAS DEL QUIJOTE

MADRID
Tipografía Española
Ramales, 6, y Amnistía, 12.
—
1905

Excelentísimo Señor:

Señoras y señores (1):

«Se tratan en el dia con tal amplitud estos asuntos, que quien quiera ser conciso se expone á ser calificado de ligero y oscuro; á no decir sino vagas generalidades; á no fundar y probar sus asertos con razones discretas y hasta á ser tildado de no conocer bien la labor literaria que aspira á juzgar.»

Las palabras anteriores con que el ilustre crítico y novelista, D. Juan Valera, encarecía las dificultades de un tema semejante, tienen aquí perfecta aplicación; porque no hay asuntos más difíciles de tratar que aquellos—como el que nos ocupa—sobre los que mucho se ha escrito, que los que son más conocidos de todos; dificultad que se aumenta en estos días cuando está todavía reciente la voz de maestros de la crítica que han resuelto en última instancia las cuestiones que sobre el *Quijote* se han suscitado.

Por eso, y por el tiempo escaso de que dispongo, voy á prescindir de puntos importantísimos: de las relaciones del *Quijote* con el ideal caballeresco; de la influencia de otros autores sobre Cervantes y de Cervantes en la litera-

(1) Este discurso fué leído el día 15 de Mayo de 1905 en la velada que celebró la Academia literaria de la Congregación de Nuestra Señora del Buen Consejo y San Luis Gonzaga, de Madrid, con motivo del tercer centenario de la publicación del *Quijote*.

tura posterior; de las interpretaciones de los simbolistas, y voy á limitarme á recordaros las bellezas más salientes del libro inmortal, que en conjunto hacen del *Quijote* una de las obras más bellas del ingenio humano.

¿Cuál es la primera impresión que nos causa? Que me baste para contestar á esta pregunta evocar en vosotros el recuerdo de una lectura del *Quijote*: una alegría sana; una suave ironía sin malicia; algo de lo que expresa la benévola sonrisa del que conoce profundamente á la naturaleza humana y sonrie piadosamente á sus pequeñeces y miserias, se apodera de nosotros; no es aquella la burla que punza y que hiere: es la manifestación de la piedad en un espíritu naturalmente alegre y regocijado. Y es que como el estilo es el hombre, el modo de ser de Cervantes se revela claramente en su obra. Por eso no tuvo Cervantes á quien copiar ni ha tenido después quien le copie; «porque es imposible—como dice el actual duque de Rivas—que concurran en un escritor las calidades y circunstancias que en él concurrieron: por un lado los elevados impulsos de su ánimo caballeresco: por otro la tendencia festiva de su ingenio aguzado en los vaivenes de la fortuna y por el contacto con las clases inferiores; y sobre todo esto un alma risueña y nobilísima, que ni los golpes del infortunio lograron abatir ni la angustia de la miseria envilecer. ¿Quién más que él, pobre, humillado, juguete constante de la adversidad y con todo eso tan superior á los que le rodeaban, hubiera cruzado el tumulto de la vida sin sentir jamás el odio y la envidia en su hermoso corazón? ¿Cómo no admirar, dígase lo que se quiera en contrario, la índole moral del hombre que durante los horrores del cautiverio de Argel se ofrecía valerosamente por salvar á sus compañeros de infortunio; del hombre que poseía la virtud rarísima de la gratitud, tan

noble y delicadamente expresada en aquella sentida carta al conde de Lemos, en la cual no cabía ni ficción ni engaño, como escrita ya entre las congojas de la muerte? Todas aquellas prendas y circunstancias laten en su obra comunicando luz y diafanidad á su incomparable estilo: en su prosa rítmica, natural y flúida el chiste y el donaire brotan sin esfuerzo y sin asomo alguno de afectación.»

En la narración á que á tal altura rayaron los novelistas del siglo de oro supera Cervantes á todos ellos: su prosa narrativa, sobria y severa como el paisaje de las llanuras castellanas, como la vida de los antiguos hidalgos descrita por el artista, corre sin impetuosidad ni violencia, esmaltada por cristianas máximas y sentencias, sin que exceda nunca su extensión de la que pueden tener en una obra literaria. Y es tanta la belleza de esta prosa, que críticos extranjeros, ajenos por tanto á nuestra lengua, la ponderan y alaban. Schlegel, por ejemplo, dice de ella que «en ninguna otra tienen las palabras tanta música y simetría, ninguna otra emplea las variaciones de estilo como cantidades de luz y de color, ni es tan fresca, tan viva y tan rica en la exposición. Fantasea la música de la vida.»

Es además el *Quijote* un cuadro vivo y animado de la sociedad de su tiempo. Por las áridas carreteras castellanas, sembradas de ventas, vemos cruzar los mercaderes que van á las ferias, los cómicos ambulantes, los cuadrilleros de la Santa Hermandad, las cuerdas de galeotes, los estudiantes salmantinos, los soldados que se alistan en los ejércitos con esperanzas de glorias y provechos, el oidor que se dirige á su audiencia, el morisco que abandona el país, las procesiones de disciplinantes que impetran del cielo el agua regeneradora. Pintase en los duques la vida de la prepotente nobleza de Aragón; la ordenada y tranquila de los caballeros

acomodados, en D. Diego; en Dorotea, la de los ricos labradores; no hay, en suma, grupo ni clase social que no tenga su representación en aquel cinematógrafo admirable, y, como dice el Sr. Pidal, «hasta los ganados trashumantes y los molinos de viento, dan el nivel de la industria nacional en las mesetas castellanas». En este sentido, es el *Quijote* una novela histórica, pudiendo figurar dignamente junto á las más bellas producciones de la moderna literatura, en tan interesante género, como los *Novios*, de Manzoni, ó el *Guillermo Meisster*, de Goethe. Y para penetrar en el espíritu de aquella sociedad española, será indispensable la atenta lectura del *Quijote* y de las *Novelas ejemplares*, muy acertadamente consideradas por un ilustre crítico, como formando un todo con el libro que festejamos; así como las novelas de Balzac constituyen *La Comedia Humana*, el cuadro, no tan exacto quizá como el de Cervantes, de la sociedad de su tiempo.

Para levantar este monumento imperecedero, no sólo se valió Cervantes de su personal observación de la vida, sino que puso á contribución los trabajos de generaciones anteriores. La falsa literatura bucólica, tan donosamente ridiculizada por él en el *Coloquio de los perros*, suministra materia para episodios como el de la pastora Marcela; los romances populares se interpolan en la narración, y como observa el Sr. Cotarelo, hasta el mismo género caballeresco que combatía inspira algunas de las aventuras.

No poco contribuyen también á causar la impresión de vida que la obra produce, las novelas que se intercalan en el texto. Dos de ellas, sobre todo, llaman la atención: la del *Cautivo* y la del *Curioso impertinente*. Constituye ésta uno de los primeros ensayos de novela psicológica. En aquélla se encuentra el tipo más hermoso de mujer que figura en el

Quijote, el de Zoraida. Todo es en ella simpático, su ingenuidad y su inocencia, su fuerza de voluntad, digna de una heroína de Tourgeneff, su fe firme y ardiente, capaz de transportar las montañas. Hay además en esta novela descripciones modelo de sobriedad y de finura, como la que hace el Cautivo del carácter de su padre.

Donde más se revela la fantasía poderosa de Cervantes es en los caracteres innumerables de su obra. Hasta los más insignificantes están trazados de mano maestra. Pero existen en él, sobre todo, «dos figuras colosales forjadas por la ciclopea, maza del genio, sobre el yunque de bronce de la realidad» dos caracteres admirables, que forman parte de ese mundo fantástico creado por los más grandes poetas para deleite y consuelo de los hombres; seres universales y cosmopolitas, que su misma intensidad de vida ha convertido en símbolos, y tan profundamente reales sin embargo, que nos parece que los conocemos y los tratamos.

No es el uno (Sancho), como se ha creído, una encarnación de las bajas y groseras tendencias de nuestra naturaleza caída: es el hombre de clase humilde, interesado y positivista por efecto de su misma pobreza, que le mueve á fijar su ideal en el poder y en la abundancia, en ser gobernador ó conde, y en que su hija despierte la envidia de las hidalgas orgullosas. Crédulo y sencillo como un niño, cuando no se lo impide su malicia de campesino, llega á burlarse á veces de su propio señor. Pero no carece de sentimientos rectos y honrados, como lo prueba el leal afecto que á su amo profesa, aquella su equitativa manera de administrar justicia, su fe sencilla y arraigada, el cariño con que recuerda su casa y su famili , el conocimiento de la propia miseria que le lleva á besar los pies de D. Diego de Miranda cuando éste refiere su vida cuerda y ordenada.

Por eso es completamente absurdo é infundado el paralelo que alguien ha establecido entre Sancho y el Panurgo de Rabelais. «El uno horrible payaso, obsceno, vengativo, desatándose á cada paso en inmundas frases sin rastro de honradez ni de sentido moral, y el otro (Sancho), sufriendo resignadamente los golpes á que le exponen las locuras de su amo, renunciando en ocasiones á la venganza y enteramente limpio en su hablar», son dos figuras opuestas y aun antitéticas.

Don Quijote es el tipo opuesto; ha heredado de sus mayores con las viejas armas cubiertas de moho una tradición gloriosa; tiene un alma elevada é idealista. A él puede aplicarse la frase de Lamartine: «Mis peligros estaban arriba; no abajo.» Sin los libros que caen en sus manos, su vida hubiera seguido igual y monótona como se ve pasar á través de las páginas del capítulo primero. Quizá los tomó como pasajero entretenimiento de sus horas vacías, pero la afición á su lectura se convierte en pasión, ésta en manía y el buen hidalgo pierde el seso. En numerosas aventuras donde nos muestra Cervantes la fecundidad de su fantasía, pelea por su ideal de justicia. Cae vencido mil veces y en sus vencimientos recibe el individualismo anárquico de la literatura caballeresca una lección severa. A veces, en medio de sus locuras y disparates, su carácter serio y elevado nos conmueve; á veces, quisiéramos que la realidad, al menos aparentemente, respondiese á sus ilusiones, como sucede en su estancia en casa de los duques, y cuando finalmente, roto y maltrecho, vuelve á su aldea y cae enfermo, compartimos la tristeza de sus perdidas esperanzas. Pero Dios, en su misericordia sin límites, le vuelve la razón perdida y abre su alma á otras esperanzas infinitas. «Sus últimos momentos, como dice Levêque, son una escena conmove-

dora y sencilla, que no puede leerse sin derramar lágrimas», y en ellos, como observa el ilustre Ivan Tourgeneff, «la significación grandiosa del personaje aparece clara á nuestros ojos». Cuando Sancho le dice para consolarle que pronto han de volver á salir en busca de aventuras, responde el moribundo: «*Yo fuí loco: ya soy cuerdo, fuí Don Quijote de la Mancha y ya soy Alonso Quijano el bueno: puedan con vuesas mercedes su arrepentimiento y mi verdad volverme á la estimación que de mí se tenía.*» Estas palabras son sublimes, este nombre—prosigue el mismo escritor—mentado por primera y última vez, se apodera de nuestra alma porque el de Bueno es el único nombre que conserva su valor hasta la muerte. Todo ha de pasar y desaparecer; sólo no han de borrarse las buenas obras más durables que la belleza. Ya lo dijo el Apóstol: «Todo pasará y sólo quedará el amor».

En torno de estas dos figuras, centro de unidad, se agrupan otras muchas. El estudiante travieso, socarrón y palabrero encarna en Sansón Carrasco. Teresa Panza es la mujer de su casa, llena de buen sentido, que sueña antes de que la turben las locas promesas de Sancho una sosegada vejez en que *serán todos unos, padre é hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendición de Dios entre todos ellos.* Ofrece el cura un modelo de la amistad compasiva y práctica, y D. Diego de Miranda representa la vida sana y equilibrada, en contraposición al prosaismo de Sancho y al idealismo desbordado de Don Quijote. La duquesa es la gran señora llana y afable en el trato con los humildes, y Dorotea, Luscinda y Doña Clara nos presentan interesantes tipos femeninos.

«En la vida de todos estos personajes, los extravíos abundan, pero la perversidad no existe.» «Todos ellos, aña-

de D. Juan Valera, tienen algo que honra á la naturaleza humana. La ingénita benevolencia de Cervantes y su cristiana caridad, resplandecen en ese respeto que muestra á toda criatura hecha á imagen y semejanza de Dios.» Los vicios y pecados de los hombres pueden oscurecerla y empañarla, pero no logran hacerla desaparecer completamente. Las mujeres—observa Hartzembusch—son á cual más bellas, discretas y merecedoras de cariño; y á la que pinta fea, no deja de agregarle un toque benévolo para que no repugne; y los mismos pícaros, los pastores y campesinos muestran el debido respeto á la virtud é inteligencia de Don Quijote.

En el *Quijote* se revela además el carácter nacional: el respeto caballeresco á la mujer, tan lejos de la galantería empalagosa y afrancesada; el amor á nuestros reyes; el tradicional buen humor de nuestra raza; el arraigado sentimiento religioso de aquel pueblo de teólogos armados, como dice el insigne Menéndez Pelayo, «que por el dogma de la libertad humana y de la responsabilidad moral, por la unidad de la Iglesia y el valor de la tradición fué á sembrar huesos de caballeros y de mártires en las orillas del Albis, en las dunas de Flandes y en los escollos del mar de Inglaterra».

Este sentimiento anima sobre todos la obra entera; la esmalta de pensamientos cristianos; templa y suaviza el humorismo con el bálsamo de la compasión; aroma continuamente en las pláticas familiares y se revela de un modo más señalado en las últimas escenas. Por eso se explica que en la obra de un hombre cuya vida fué un tejido de desventuras y de estrecheces, no se halle ni sombra de pesimismo; porque Cervantes, como creyente que era, veía en la existencia un medio para alcanzar una vida más pura, y sabía

que á Dios se va mejor por el camino del sufrimiento. Por eso, siendo el *Quijote* una novela realista en el recto sentido de la palabra, no cayó en los abismos de lo feo y de lo repugnante. Y es que, como dice Melchor de Vogüé, «el espíritu cristiano necesario en todo arte, lo es más en el realista. El le comunica la caridad que le es indispensable. Como el artista no retrocede ante las miserias humanas, debe hacerlas soportables por una constante compasión. El realismo se hace odioso en cuanto deja de ser caritativo».

¿Y qué fuente más pura de ese amor á los hombres que el amor de Dios, que nos hace ver en la criatura más abyecta y envilecida un hermano infeliz formado por El á imagen y semejanza suya y redimido con su sangre?

Ese espíritu cristiano señala además á la observación del escritor un límite, el de la moral, cuyos principios no puede conculcar.

Por eso no incurrió el realismo español de Cervantes en los defectos del naturalismo francés de nuestros días. Menéndez Pelayo lo ha dicho refiriéndose á la pintura; pero sus palabras tienen aquí aplicación perfecta porque ¿qué es la novela más que la pintura de la vida? «Lo que salvó al naturalismo español del escollo de lo vulgar y de lo prosáico fué, no sólo su profunda sinceridad en frente de la naturaleza, sino la savia de la vida espiritual, la devoción familiar, apacible, candorosa y llana, aquel género de infantil regocijo y robusta confianza con que nuestro pueblo se entregaba en los brazos de Dios como de padre amorosísimo.»

Complemento de este ligerísimo análisis de la obra debiera ser la indicación de aquellas con quienes ha sido comparada; pero me falta tiempo para ello. No quiero, sin embargo, dejar de señalaros una de esas semejanzas tan clara

y precisa, que nadie puede ponerla en duda, y que es, además, una prueba segura de la universalidad de nuestro libro. Me refiero al libro nacional ruso *Las almas muertas*, de Nicolás Gogol. Oid sobre este punto á un distinguido historiador de esta literatura: «Gogol pasó una temporada en España estudiando de cerca su libro predilecto el *Quijote*. El humorista español le suministró un tema acomodado á su proyecto: las aventuras de un héroe introducido por su manía en todos los medios como pretexto para mostrar al espectador en una serie de cuadros la linterna mágica de la humanidad. Todo indica el parentesco entre ambas obras: el talento sardónico, la tristeza velada por la sonrisa, la imposibilidad de encontrarles lugar entre los géneros definidos.»

Voy á terminar: Han pasado estos días como los tristes y oscuros de la vida de Cervantes. Pero no es este homenaje caso solamente de actualidad, movimiento pasajero de una multitud impresionable. Hay otro homenaje, del que éste no es sino continuación más visible, que los siglos que vendrán, como los que han pasado, seguirán tributando á ese nombre ilustre, homenaje silencioso, continuo, universal, formado por la admiración entusiasta de millares de lectores solitarios, de plumas eminentes que escribirán sus alabanzas, de exclamaciones de asombro de los sencillos y de los humildes, de sonrisas benévolas de hombres que descansarán en aquellas páginas serenas de las fatigas cotidianas.

¡Que esta conmemoración de una de nuestras glorias más legítimas nos sirva para volver con más frecuencia la vista á nuestro pasado, para inspirarnos en las tradiciones de aquella raza de creyentes, para defender nuestra literatura de la invasión del extranjerismo que la ahoga; para restaurar nuestro arte y animarlo con ese espíritu cristiano, para que iluminado con la luz del ideal evangélico, contribuya á la reconstitución de nuestra sociedad en Cristo, que es el fin á que debemos tender como católicos y como españoles!